



Discurso ceremonia Premio a la Excelencia Académica 2017

**Cristián Nazer A.
Rector**

Querida comunidad académica, queridos alumnos, queridos padres y familias:

Una de las celebraciones más importantes para nuestra Universidad es precisamente esta ceremonia en la que reconocemos a aquellos alumnos que han destacado académicamente en sus respectivas carreras. Si bien el criterio objetivo dice que hoy premiamos a los mejores promedios del semestre anterior, sabemos que quienes hoy son homenajeados no sólo son quienes destacan por su conocimiento, aprendizaje y competencias, sino también quienes han demostrado una actitud de compromiso con su propio proceso formativo.

Los promedios de notas que exhiben ustedes no están disociados de nuestro compromiso por aportar a su formación integral como personas. Por lo tanto, no es coincidencia que precisamente quienes destaquen por su integridad, responsabilidad y compromiso social. Ello es nuestro mayor orgullo y nuestro mayor desafío.

Esta celebración, además de ser un público reconocimiento a este selecto grupo de estudiantes y, en ellos, a las familias que les han brindado las oportunidades de desarrollo, debe ser una invitación a ir todavía más allá, a asumir que la tarea de ser mejor es siempre una meta inconclusa y un camino a ser andado.

No sólo yo como rector o sus decanos y directores somos quienes hoy los homenajeamos. Es toda la comunidad universitaria que se alegra y goza con vuestros logros, pero, al mismo tiempo, les invita a ejercer un liderazgo que verdaderamente transforme nuestra universidad y nuestra sociedad. En cada aula, laboratorio o centro de prácticas debe notarse la presencia de ustedes. Están llamados a ser la luz que se pone sobre la mesa para que ilumine todos los ambientes.

A comienzos de este año realizamos un estudio con académicos, alumnos y exalumnos para avanzar en la configuración de una experiencia universitaria cada vez más robusta y trascendente. En este diagnóstico emergieron numerosos testimonios respecto al valor agregado que el paso por la Universidad Finis Terrae ya ha tenido para muchos jóvenes. Recuerdo con claridad –y debo decir con emoción– las palabras de un médico que tras egresar de nuestra Universidad hizo su beca de especialidad en la Universidad Católica. Él contó que siendo jefe de becados se dio cuenta que los profesionales que llevan nuestro sello son distintos, que no sólo tienen una sólida formación, sino sobre todo que tienen una vocación y un compromiso con el otro y con la sociedad. Esta es la síntesis de nuestra razón de ser.

Hace un par de años, afronté, junto al Consejo Superior, una difícil situación. En pocas horas y con casi nula información debíamos tomar la decisión si nuestra universidad iba adscribir o no a la política de gratuidad.

Es públicamente conocido la falta de prolijidad con que se ha implementado esta medida y la incertidumbre que sigue implicando el que por tercer año una política pública de esta magnitud se apruebe a través del mecanismo de glosa presupuestaria. Sin embargo, me gustaría expresar con claridad que la decisión de hacernos parte de la gratuidad obedeció, y sigue obedeciendo, a la profunda convicción institucional respecto a que la diversidad y el pluralismo agregan consistencia y valor a una sociedad, y que son requisito fundamental para una verdadera cultura universitaria. Una institución que acoge, que integra, que vincula, que promueve, que sirve, que construye comunidad es aquella que demuestra una verdadera vocación pública.

Es por ello que en esta ocasión tan importante para nuestra comunidad quiero afirmar con total convicción que en la Finis Terrae no hay alumnos con gratuidad o sin gratuidad, sino que hay una Universidad que ha optado y valorado el abrir sus puertas a estudiantes con distintas historias y distintas realidades socioeconómicas. Al interior de nuestra universidad no hay diferencias, sino que cada alumno y sus talentos son nuestra riqueza.

Con igual énfasis, quiero señalar que esto no es un contrasentido con nuestra vocación como universidad católica. Muy por el contrario, el vínculo entre fe y razón es tan perfecto que es imposible hablar de una verdadera fe sin esta búsqueda permanente de la verdad que es tan consustancial a la naturaleza universitaria. Asimismo, la diversidad es tan universitaria como cristiana. Como gusta decir el Papa Francisco, la verdad es una realidad poliédrica, se requieren diversas miradas para abarcarla en su plenitud. Por ello, la construcción de comunidad es también un elemento que articula nuestra vocación como universidad católica, lo mismo que el sincero compromiso con el bien común.

Al preparar estas palabras recordé un pasaje del libro *Excelencia sin alma* (*Excellence without a soul*) de Harry Lewis, quien al momento de escribirlo era decano en la Universidad de Harvard. Dice: “Las universidades han olvidado su mayor rol educativo para con sus estudiantes universitarios. Tienen éxito, más que nunca, como creadoras y como repositorios de conocimiento; pero ellas han olvidado que la labor fundamental de la educación de pregrado es transformar personas de 18 y 19 años en personas de 21 y 22 años, ayudarlos a crecer, que aprendan quiénes son, a buscar un propósito más grande para sus vidas, y que terminen la universidad siendo mejores personas”.

Parafraseando el título del libro del profesor Lewis, la Universidad Finis Terrae es y seguirá siendo una universidad con alma. Esto es tarea de todos.

Queridos alumnos que hoy premiamos: quiero pedirles que, por favor, sean ustedes mensajeros de una buena nueva, que con más fuerza testimonien su vocación dentro y fuera de su universidad y sobre todo que cada día agradezcan a Dios por los enormes talentos con que Él los ha bendecido.

Muy buenos días.